20 No me despido solo

Queridos amigos, compañeros y lectores:

Les escribo porque siento que ya expira mi tiempo en el oficio que muy temprano descubrí y que la vida me enseñó como el camino para ser un buen ciudadano. No me despido solo. Me despido con los tantos que me acompañaron.

Cuando salí de Mérida no sabía hacia dónde iba. Hoy, al despedirme, lo sé.

Llegué al Parlamento sin ser parlamentario. Recién cumplidos mis 21 años, los senadores más longevos me hicieron subsecretario de la Cámara. A los 23 años fui electo diputado al Congreso de la República, donde viví cinco períodos constitucionales consecutivos. Allí aprendí, luché y viví con sencillez, pero con dignidad. Mis ingresos fueron siempre los mismos, y cada cinco años presenté mi declaración de patrimonio sin que jamás se me hiciera una observación.

Tuve una carrera política forjada en el esfuerzo que exige ser legítimo conductor de otros. Me movía la fe que otros depositaron en mí.

Fue Acción Democrática el partido que invirtió en mí para convertirme en parte de su patrimonio. Solo me faltó ser secretario general nacional. No me conformé con quedarme en las fronteras de la patria: me arriesgué a salir, a poner en alto la bandera que representaba. Recibí honores y distinciones que hoy entrego como parte del inventario de mi vida.

Hoy no me despido con una ruptura: la transformo en memoria. Mi retiro no es silencioso, es otra forma de presencia. Hoy llego con el mismo entusiasmo de las etapas que he vivido en política y con la satisfacción de sentirme parte de una transición generacional.

Este libro lo escribí para los jóvenes. Para decirles que hice política con pluralidad y con ética. No tuve hazañas, pero sí logros. Tuve éxitos y fracasos, ya convertidos en experiencia. No había mayor placer que llegar a las casas de mis compañeros y sentirme parte de sus familias. Siempre dije que la única política verdadera es la que se hace con la piel.

Dediqué toda mi vida a un ideal aprendido en las lecturas del Plan de Barranquilla, en las tesis políticas y el programa de Acción Democrática. Dediqué 60 años de mi vida a esa lucha sin tachas. Solo contra mi voluntad, otros dividieron mi destino entre "30 años con púlpito" y "30 años sin púlpito".

En 2002, tras mi involuntaria retirada de la institucionalidad partidista, no descarté seguir contribuyendo a reanimar la unidad del "partido del pueblo". Como testimonio, dejé la carta de abril de ese año. La consulté con el presidente Carlos Andrés Pérez, quien vivía en Miami. Me respondió: "Mi querido Héctor Alonso, quién más que yo desearía que Acción Democrática fuera el partido más grande y victorioso, pero está muerta históricamente". Aun así, no me aconsejó desistir. El tiempo parece darle la razón: la carta nunca tuvo respuesta y las realidades de AD se hicieron más patéticas, dramáticas y escabrosas.

Conocer y estar cerca de los presidentes militantes de AD me honra. A Rómulo Betancourt, por ser el ideólogo doctrinario de nuestro acervo, le agradezco incluso el susto más grande de mi vida, convertido en enseñanza. A Raúl Leoni, a quien vi bailar en La Casona con doña Menca, le agradezco haber confiado en mi padre como gobernador de Mérida. A Carlos Andrés Pérez, por permitirme ser su amigo de confianza y contribuir humildemente a que alcanzara la cimera figura de ser el primer presidente electo dos veces por su pueblo. A Jaime Lusinchi, con quien tuve una conversación inconclusa en Miraflores, cuando le pedí ayuda para conseguir un tomógrafo para el hospital universitario de los Andes. Me dijo: "Yo seré el último presidente de mi generación".

Nadie en política llega solo. Esa es mi verdad.

Por eso quisiera que esta carta llegara a la mesa de noche de todos mis amigos. Ellos saben quiénes son. Para ellos escribí este libro como declaración de gratitud y también como acto de resistencia frente al olvido. Unos están en el cielo, otros regados por el mundo, y otros en nuestras provincias interioranas de Venezuela.

Este libro nació del afecto, no del cálculo político. Es recuerdo agradecido, tejido con nombres propios, testimonios sinceros y encuentros improbables. Juntados en mis libros *El rostro humano de la política* y ahora *La política me dio a mis amigos*.

En estos aportes convergen generaciones que, sin haber compartido trincheras, descubrieron que la lealtad puede heredarse. Escribí por mi obsesión con la amistad, el compromiso y la memoria de un país que aún pulsa. Escribí como forma de decir: *aquí estuve, aquí amé, aquí luché.*

Lo escribí porque siendo muy joven, en un diálogo con el inolvidable Dr. Antonio Léidenz, presidente de Acción Democrática, le pregunté por qué se escribía tan poco sobre la historia de AD. Me respondió: "Es que somos ágrafos". Este libro existe porque la memoria no se rinde. Y yo tampoco.

Cuando decidí escribirlo, sabía que me encontraría con una convergencia generacional que resumí en cuatro palabras: *Juventud AD, Venezuela 2000, la Generación UPAC y la Generación Milenio.* En cada una está el resumen de mi vida.

Ser joven fue pasión y descubrimiento. Me preparé para la madurez y para los retos que vinieron. Llegar a la víspera del nuevo siglo nos permitió descubrir la inmensa capacidad de imaginación y talento de los jóvenes antes del año 2000. Y gracias a la providencia, CAP –desde el más allá– fue inspiración para que los jóvenes nacidos después de 1988 lo conocieran. En medio de la desorientación y el ruido colectivo, decidieron emprender una búsqueda propia. No heredaron el afecto por CAP: lo construyeron con voluntad, curiosidad y valentía.

De esas generaciones aprendí lo que viví, lo que fui y lo que no quise olvidar. Haber contribuido a crear un centro de formación para nuevos liderazgos me honra. Es imposible no decir que, al hacer resúmenes de vida, me reconforta afirmar que mi mentor fue Carlos Andrés Pérez. Me permitió ser testigo privilegiado de la Venezuela contemporánea, donde pretendíamos abrir caminos entre aprendizajes, errores, aciertos, incomprensiones y rectificaciones. La amistad con ese hombre de la historia basta para colmar cualquier ambición. No todos los días se tiene un amigo en la historia.

Cuando entendí que podía escribir mi historia, me tranquilizó saber que ella no quedaría callada. Si pudiera volver al pasado, solo pediría tres cosas: aprender inglés, culminar mi carrera universitaria y ser lo más útil posible a CAP para alejarlo de los adulantes y traidores.

Al despedirme, quiero decirles que no dejo ni un solo enemigo. No tuve tiempo para eso. Solo hice méritos para que algún día, como lo hago ahora, podamos leer un libro donde mis amigos sean los protagonistas, con la certeza de que nuestras vidas no serán borradas.

Con afecto, gratitud y memoria viva,

Héctor Alonso López